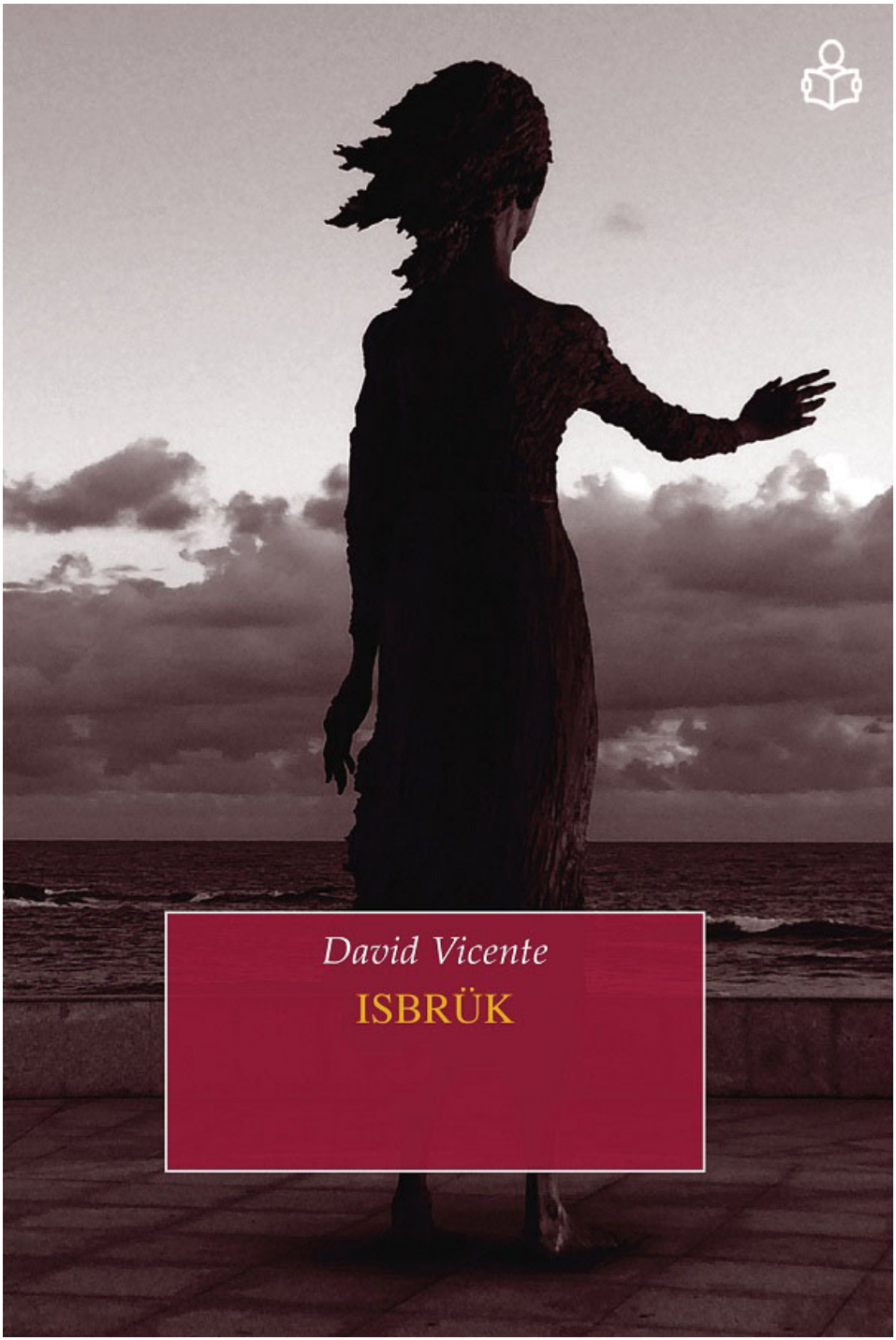

David Vicente
ISBRÜK

Anja y Andreas se trasladan a Isbrük, un pueblo de pescadores, con la esperanza de reencontrarse el uno al otro y cada uno a sí mismo. Pero Isbrük no es un lugar para reencuentros, sino más bien un decorado, que se nutre de hombres pez y mujeres de hombres pez que han sido ya tragados por las aguas de su propia desesperación.

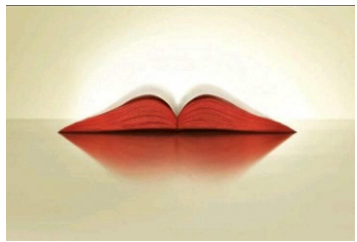
David Vicente construye a través de un estilo conciso, casi minimalista, dominado por una prosa poética, cargada de metáforas e imágenes simbólicas, una especie de tragedia moderna en la que la soledad acaba siendo un viaje de ida y vuelta para sus protagonistas: «Todas las mujeres de la familia desde hace generaciones han acabado locas. Locas y solas. O solas y locas. No estoy segura. Quizá todas deshidrataron tomates como punto de partida».

PREMIO INTERNACIONAL DE NOVELA CORTA

CIUDAD DE BARBASTRO 2017

David Vicente Valentín

Isbrük



Título original: *Isbrük*
David Vicente Valentín, 2017
Imagen de la cubierta: Monumento a la madre del emigrante, Ramón Muriedas

-

Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 25/02/2020

A Cristina, por ser el mundo que habito

… hay diez centímetros de silencio
entre tus manos y mis manos
una frontera de palabras no dichas
entre tus labios y mis labios
y algo que brilla así de triste
entre tus ojos y mis ojos…

ANJA

AYER recolecté tomates. Hoy los he puesto al sol. Me he convertido en mi madre.

Mi madre siempre deshidrataba los tomates al sol después de recogerlos en la huerta de la parte de atrás de la casa. Así se conservaban más tiempo y le aportaban más sabor a los platos. Eso decía.

En realidad no solo está la cuestión de los tomates. También están las bolsas en los ojos que me devuelve mi imagen en el espejo, mi pelo desgreñado, mi descuido general en la vestimenta, las arrugas que empiezan a aparecer en las comisuras de los labios con la misma forma de tela de araña que las suyas… Pero, sobre todo, está la soledad. En su caso como preámbulo de la locura. Quién sabe si también en el mío. Puede que el primer síntoma de su enajenación fuese secar tomates al sol.

Todas las mujeres de la familia desde hace generaciones han acabado locas. Locas y solas. O solas y locas. No estoy segura. Quizá todas deshidrataron tomates como punto de partida.

Desde que nos trasladamos a Isbrük, hace casi un año, apenas veo a nadie durante semanas. Ni siquiera a Andreas. Pasa largas temporadas en el mar. Ya lo hacía antes. Pero en la ciudad era distinto. Estaba Luissa y el día a día, siempre corriendo de un lado para otro. Ahora ella ha crecido, está en la universidad.

Poco a poco me he acostumbrado a la soledad. Me hace compañía. Incluso los escasos días que Andreas se encuentra en casa, no más de una semana cada tres meses, me siento extraña. No sé cómo comportarme. Recorro la casa sin rumbo fijo en busca de alguna ocupación, o trabajo en el huerto cultivando vegetales destinados a no ser consumidos o a ser deshidratados, mientras él lee o escribe en una vieja libreta con las páginas amarilleadas por el sol y el salitre. Ni siquiera me importa lo que escribe en ellas.

Por la noche, cenamos en silencio o con escasas palabras. Andreas nunca ha sido un buen conversador. Antes me molestaba, ahora lo agradezco. Después follamos. Él me penetra con su pene grueso, mientras sujeta fuerte mis caderas con sus manos callosas. Me gusta su pene y sus manos callosas. Sin embargo, la mayoría de las veces no logro humedecerme. Creo que a Andreas no le importa. A mí tampoco.

Andreas se duerme y yo sé que dentro de pocos días me quedaré sola. No sé el día de su partida ni el día de su regreso. A veces cuando me levanto, temprano, todavía de madrugada, él ya no está. Otras, cuando regreso a la vivienda después de trabajar horas en el huerto, le encuentro sentado en el sillón, escribiendo en su viejo cuaderno.

EL anciano Olträf recorre la aldea más o menos cada quince días con su vieja furgoneta. En realidad, Isbrük no es una aldea, es un conjunto de casas diseminadas encerradas en un valle.

Olträf trae víveres: pescado desecado, cecina de caballo y leche. También acerca el correo que llega a la oficina postal a quien no puede o no quiere pasar a recogerlo.

Hace sonar el claxon de su furgoneta y espera sin abandonar el asiento del conductor y con el motor siempre en marcha. Si al cabo de unos minutos no ha salido nadie, se marcha. A no ser que traiga correspondencia. Si es así, a veces, se baja y la deposita en el buzón. Aunque no siempre. No por norma.

Por la ranura se introduce un sobre, después escucho cómo la furgoneta se aleja.

La carta es de Luissa. Me cuenta cosas de la universidad: los profesores, las asignaturas, la cantidad de trabajos que tienen que realizar… Se nota que es una carta escrita sin ganas, de manera apresurada. Ya casi al final nombra a Dabiz, un chico que comparte con ella dos asignaturas optativas. No dice mucho más. Solo eso. Así que imagino que todavía no habrá introducido el pene en su vagina, pero que tarde o temprano lo hará y se complicarán las cosas.

Cuando Luissa nació pasaba noches enteras mirándola dormir en la cuna de madera que le construyó Andreas. Siempre ha sido muy bueno trabajando con las manos.

Tenía miedo a que dejase de respirar. Encendía la luz de la mesilla para ver el movimiento rítmico de su pecho, o situaba la mano a oscuras debajo de su nariz para comprobar que el aire seguía entrando y saliendo de sus fosas nasales.

Cuando Andreas estaba en casa dormía en otra habitación. El cuidado de un bebé no era cosa de hombres. Eso decía.

Creo que Andreas siempre quiso tener un varón. Un niño fuerte al que poder enseñarle todas las cosas que sabe. Un niño marinero al que poder llevar a la mar junto a él. Lo intentamos después de Luissa. Pero mi vientre no estaba preparado. Yo no estaba

preparada. Los niños se derramaban en forma de coágulos entre mis piernas. Cada vez que un niño se derramaba, Andreas huía al mar y se refugiaba en él durante meses.

Ahora el mar es su hogar. Sé que algún día Andreas no regresará. Se quedará allí para siempre, puede que se convierta en un gran salmón, en uno de esos enormes peces que se cuelan en sus redes. Quizá ya lo sea.

Sí, Andreas es un pez solitario que se siente morir fuera del agua. Abre su gran boca angustiada en busca de oxígeno. Por eso Luissa ha huido a la ciudad. Cuando termine sus estudios huirá todavía más lejos. A miles de kilómetros.

Luissa ha huido porque no soporta ser la hija de un padre pez y una madre que deshidrata tomates.

UNA vez cada dos meses bajo al centro de Isbrük, para airearme un poco, en la antigua bicicleta. Andreas la arregló: le puso pedales nuevos, sustituyó algunos eslabones de la cadena, la engrasó y pintó, y lijó el aluminio oxidado.

Además de la oficina postal y la corporación administrativa, solo hay una fábrica de piensos, que da trabajo a los pocos hombres que quedan en la aldea; una iglesia, que sirve como centro de reunión a las mujeres, y una especie de tasca, que también vende productos en conserva, regentada por Hàkon (otro hombre pez que tuvo que dejar de serlo), donde la clientela se emborracha en silencio mientras fuma pipas sin parar.

Me he acercado al pueblo porque Luissa necesita dinero. Lo decía en su carta, justo después de nombrar a Dabiz, el chico que comparte con ella dos asignaturas. Mientras completo el formulario para tramitar el giro, Tobias me mira al otro lado del mostrador. Tobias es la persona que se encuentra al cargo de la oficina postal, ha llegado nuevo al pueblo; el antiguo encargado se jubiló. Él no es un hombre pez, como la mayoría de los hombres que caminan por las calles de Isbrük. Él es un hombre tierra. Nadie sabe qué hace aquí, ni por qué ha venido.

Tobias mira mis pechos a través de la abertura que deja el vestido al inclinarme sobre la repisa para escribir.

Creo que está todo, le digo entregándole la hoja. Me inclino un poco más en el tablero de madera. Él levanta su cabeza de mis pechos con pudor. Se ruboriza.

Sí, está todo bien, responde. Oculta su cabeza entre los papeles.

Mientras abandono la oficina, sé que Tobias tiene su mirada fija en el bamboleo de mis caderas. Exagero más el movimiento.

Tobias es un hombre joven y guapo. Pero no guapo a la manera de los hombres peces. Sus rasgos no están hechos de surcos profundos ni de salitre. Tobias no huele a salitre, aunque quién sabe si acabará oliendo. Si acabará convirtiéndose en un hombre pez. Tobias huele a ciudad.

Estoy segura de que su semen tampoco huele a salitre ni es denso y amarillento como el de los hombres peces. Es probable que su semen sea blanco y no tan viscoso como el de ellos, como el de Andreas, por ejemplo.

Yo nunca he follado con otro hombre que no sea Andreas. Siempre he follado con un hombre pez. Pienso si me gustaría follar con otro hombre, con un hombre tierra. Antes de abandonar la oficina, vuelvo mi cabeza. Tobias aparta su mirada de mi trasero. Vuelve a ruborizarse. Sonrío.

CUANDO mi madre murió heredé su vieja casa. La casa en la que se volvió loca. Pensé que podía ser una buena idea trasladarse a vivir aquí, a Isbrük. Los dos solos. Andreas y yo solos.

Isbrük está cerca del mar, no como la ciudad. Isbrük huele a algas y a sudor. Pensé que quizá estando cerca de los peces, Andreas no los echaría tanto de menos y no estaría tanto tiempo con ellos. Me equivocaba. Andreas pasa todavía más tiempo que antes alejado de mí. Creo que la culpa no es solo del mar y de los peces. Creo que la culpa es nuestra. Nos hemos desacostumbrado a nosotros. Somos dos extraños obligados a compartir un mismo espacio. Por eso Andreas casi nunca regresa y, cuando lo hace, se marcha pronto. Por eso me folla con rabia. Aunque eso me gusta. Necesito ser follada con rabia.

Creo que todo cambió cuando Luissa comenzó a hacerse mayor y los niños empezaron a derramarse por mis piernas. Poco a poco. No al principio. Pero cada vez que un niño se derramaba, Andreas se alejaba un poco más de mí. Probablemente yo también de él.

En cada niño derramado, también se derramaba un poco de nosotros mismos. Andreas no decía nada.

Solo cogía sus cosas y se refugiaba en el mar. Largas temporadas. Cada vez más largas.

Creí que Isbrük sería la solución. Y al principio lo fue. Andreas estuvo un tiempo conmigo. Dejó de ser un hombre pez. Arregló la casa con sus propias manos mientras yo acondicionaba la huerta. Nos mirábamos en ocasiones, mientras ambos trabajábamos, como lo hacíamos antes. Despacio, con la mirada posada el uno en el otro. Dejábamos de trabajar cuando caía el sol y nos sentábamos en el porche, sin decir mucho. Pero seguíamos mirándonos y bebiendo cerveza fría. A veces abríamos una botella de vino y nos la bebíamos entera. Nos acostábamos ebrios y entrelazábamos nuestras manos debajo de las sábanas.

Cuando la casa estuvo lista, las cosas cambiaron. Todavía fueron peor que cuando vivíamos en la ciudad. Mi locura se ha

acrecentado. Probablemente ya lo estaba antes. Probablemente siempre ha estado ahí. O quizá también mi cordura se derramaba poco a poco junto con cada uno de los niños que se perdían entre mis piernas.

ESTA mañana, cuando me he levantado, el huerto estaba nevado. Apenas una fina capa cubría la tierra. Pero la nieve no tardará en acumularse, en elevarse en grandes montañas blancas que bloquearán los caminos y las puertas de las casas. Aislamiento dentro del aislamiento.

Andreas cortó leña antes de marcharse. Hay suficiente para todo el invierno. Así que no debo preocuparme por eso. Además, todavía no he encendido la chimenea a pesar de que hace frío. Me gusta el frío. Me gusta la sensación del aire congelado golpeando mi rostro.

Preparo un cigarrillo de liar. Lo enciendo. Observo cómo los finos copos de nieve se convierten en gotas de agua, poco a poco, con los primeros rayos de sol de la mañana. A pesar de que hace frío es una mañana soleada. Uno de esos días que los hombres peces, como Andreas, disfrutan sobre el mar.

Creo que en el pueblo nadie sabe que soy hija de la loca. Mi madre apareció ahorcada en este mismo huerto. Se colgó del almendro que se encuentra al fondo. Cuando llegamos aquí lo podé con la ayuda de Andreas. De algún modo, conservarlo era un homenaje a ella.

La hallaron en invierno, también en un día nevado como este. Dicen que estaba completamente amoratada por el frío y la asfixia. No se sabe cuánto tiempo llevaba allí. Sus intestinos habían abandonado su cuerpo. Se habían derramado por sus piernas, como mis niños.

Cuando ocupé la casa, preferí no decir nada. No contar que era la hija de la loca. Tampoco nadie me preguntó. Aquí nadie habla con nadie si no es indispensable. De todos modos, ya no quedan muchos en el pueblo. Solo los más viejos recuerdan esa historia. Solo los más viejos saben que mi madre se colgó de un árbol un invierno igual a otros inviernos.

Los que han podido, los más jóvenes han huido de aquí. Han dejado sus casas abandonadas. Quizá algún día las ocupe alguien, como yo he ocupado esta, en la que viví cuando era niña, y nadie

les pregunte quienes son.

En Isbrük simplemente pasan los días. Días iguales a otros días. Días que son tan cortos como un suspiro y días que son tan largos como toda una vida. Días en los que la gente se cuelga de los árboles. Días en los que a nadie le importa que los muertos aparezcan sujetos a las ramas como si se tratase de fruta madura.

Creo que en Isbrük todo el mundo desea colgarse de los árboles. Puede que un día Isbrük se convierta en un pueblo fantasma poblado solo por árboles de los que cuelgan cadáveres.

Exhalo la última calada del cigarrillo, miro el almendro y entro en casa. La nieve ya se ha deshecho por completo. Ahora las finas gotas de agua resbalan por las hojas.

Dentro está Andreas, sentado en el sillón, lee su cuaderno. Le miro desde el umbral de la puerta sin que él me vea. No sé cuándo ha llegado. Quizá Andreas no exista. Quizá Andreas no haya existido nunca. Quizá tampoco hayan existido todos esos niños derramados entre mis piernas. Quizá todos sean fantasmas que aparecen y desaparecen cuando mi imaginación de loca caprichosa quiere traerlos.

Hola, digo.

Hola, dice Andreas.

EL primer lunes de cada mes algunos comerciantes se acercan hasta la plaza y montan sus puestos alrededor. Fruta, legumbres a granel, productos de limpieza, calzado, vestidos…

En Isbrük nadie necesita nada, nadie consume nada. Pero las mujeres disimulan con sus compras y se reúnen en torno a los tenderetes. Hablan las unas con las otras, se observan, se preguntan por sus hombres, escrutan la tristeza vecina.

He bajado a por un bote de pintura blanca; la que estaba guardada en la alacena se ha secado. La humedad ha desconchado la pared. En realidad, la pared es lo de menos, tan solo es una pequeña grieta sin importancia. Al igual que el resto de mujeres yo también he bajado a escrutar la tristeza, la soledad ajena.

Doy vueltas en círculo, me detengo en cada uno de los puestos, finjo que me interesa lo que ofrecen. Las mujeres charlan en corrillos, se lamentan de su infortunio, para al rato resignarse. Es la vida, dicen. Los días se han ido acumulando en sus espaldas, silenciosos, uno tras otro, días iguales a otros días, que forman una pesada mochila que se han acostumbrado a portar.

¿Quién da la vez?, pregunto.

Creo que yo soy el último, responde una voz masculina.

Es Tobias, el chico de la oficina postal. Me mira y sonríe.

Me alegro de verla de nuevo, dice. ¿Qué tal va todo?

Todo lo bien que pueden ir las cosas por aquí, supongo. Respondo. Aunque en realidad no sé por qué. Apenas lo conozco y no tengo ninguna confianza con él.

Cuando va a abrir la boca de nuevo para decir algo, el dependiente le pregunta qué desea. Le da un bote de barniz, lejía, una fregona y un rollo de cinta aislante.

La siguiente soy yo.

Tengo que adecentar mi nueva casa, me dice. Señala la bolsa con su mirada.

Suerte, le digo, y me vuelvo hacia el dependiente para pedir un bote de pintura blanca. Mientras el tendero busca entre algunas

cajas mi bote, noto la presencia de Tobias detrás de mí. Probablemente observa mi culo de nuevo. Me sube calor por la espalda. Esta vez la que me ruborizo soy yo.

El dependiente me entrega el bote, me giro. Tobias ya no está.

La parte de arriba de la casa la ocupa un pequeño desván. Una cámara que antes sirvió como despensa y como almacén para algunos utensilios domésticos: el viejo azadón, una pala, herramientas de carpintería… Ahora está ocupado en su mayoría por cajas que quedaron huérfanas en la mudanza. Cajas abandonadas a su suerte en un rincón, que son depositarías de nuestro pasado y testigos mudos de nuestro presente.

Algunas veces subo al desván. Es frío y húmedo. Me gusta su olor a humedad rancia. Me gusta el olor a sudor de sus paredes desconchadas.

Me siento y fumo en silencio. Miro a través de uno de sus ventanucos. Pequeños ojos de buey abiertos en el cemento. Desde ellos Isbrük no parece un pueblo formado por hombres peces y mujeres que se cuelgan de los árboles de sus huertos. Desde ellos Isbrük parece la postal de una tienda de *souvenirs*: casas enlucidas que se reparten entre el valle y vegetación que oculta su infertilidad.

Isbrük miente. Al igual que todos nosotros. Todos mentimos sobre nosotros mismos, pienso. Damos nuestra mejor cara para la fotografía. Isbrük también.

Junto a mí yace una de esas cajas que atesoran nuestro pasado. Despego la cinta adhesiva que une sus solapas casi sin ser consciente. El polvo se desprende al tirar de ella, toso, anticipa lo inoportuno de la decisión.

Dentro estallan los recuerdos como si se tratase de una bomba racimo que se dispersa en pequeñas cantidades de pólvora. *Flashbacks* diseminados para causar el mayor daño posible.

Álbumes de fotos se acumulan entre libros infantiles y papeles domésticos. Extraigo un libro al azar: *Mara orejas de mariposa*. Veo a Luissa agarrada a la mano callosa de Andreas en la librería de la casa de chocolate. Así era como llamaba Luissa a Ark con su lengua de trapo, la librería del centro a la que nos acercábamos algunos sábados por la tarde mientras dábamos un paseo. Los sábados por la

tarde que Andreas estaba. La librería tenía una casa al fondo de la tienda donde los niños podían entrar y sentarse en los grandes cojines rojos del suelo para leer. Una gran casa que imitaba la del cuento de Hänsel y Gretel.

Comprábamos algunos libros, sobre todo para Luissa. Libros llenos de ilustraciones coloridas. Luissa no sabía leer, pero le encantaba mirar los dibujos. Después, tomábamos alguna bebida caliente en alguna cafetería cercana y Andreas o yo le leíamos el cuento a Luissa mientras ella señalaba las páginas y sus personajes: las grandes orejotas de Mara, o las franjas negras de la cebra Camila que el viento se llevaba a algún lugar indeterminado.

Cuando las bebidas se templaban, Andreas y yo charlábamos o nos mirábamos en silencio. Luissa dibujaba en una libreta los personajes del cuento.

Guardo el cuento en la caja de nuevo. Detrás de mí está Andreas. No sé cuánto tiempo lleva ahí. No sé cuándo ha llegado ni cuánto se quedará.

Tengo que construir algunas estanterías, dice. Hay algunas maderas en un rincón que pueden servir.

Sí, digo. Puede que sea buena idea.

ANDREAS lleva semanas en la casa. Se comporta casi como una persona normal: no parece un fantasma. Ni siquiera escribe en su viejo cuaderno. Ha enyesado una pared agrietada en el dormitorio, ha cortado más leña: el invierno será duro, dijo antes de coger el hacha; y ha reparado algunos muebles atacados por la carcoma. Después los ha barnizado y puesto al sol para que se sequen rápido.

Yo no pregunto. Cuando paso a su lado a veces sonríe y por las noches cuando me folla, no lo hace como si la vida se le fuese a escapar junto con su semen. Ayer su mano se encontró con la mía debajo de las sábanas y la dejó posada un rato. Sin más. Luego se durmió con los dedos entrelazados en los míos.

A media tarde ha cogido la bicicleta y ha bajado al pueblo. Quería pasar por la taberna de Hàkon y comprar una botella de vino y comida decente. Eso ha dicho: una botella de vino y comida decente.

No recuerdo la última vez que bebí vino. Probablemente hace más de dos años.

Desde que llegó, Andreas es otro. No sé qué habrá sucedido, pero no pregunto nada. Quizá haya decidido dejar de ser un hombre pez para siempre. Fantaseo con esa idea mientras limpio la casa. Quiero que todo aparente distinto cuando Andreas regrese. Puede que, después de todo, Isbrük sí fuese la solución. Puede que, después de todo, no esté tan sola, ni siquiera tan loca.

Pongo un mantel encima de la mesa de madera y salgo al exterior para cortar unas flores. Los primeros hielos comienzan a asaltar la vegetación. Todo empieza a teñirse de un blanco mortecino. Sin embargo, veo el huerto más hermoso que nunca.

Pongo tomillo en un jarrón con agua y lo coloco en medio del salón. Huele bien.

Todavía queda más de una hora para que llegue Andreas. Lo hará probablemente para la cena. Cuando está en casa, Andreas apenas baja al pueblo. Solo lo hace para encontrarse con otros hombres peces, cuando es imposible salir al mar y discutir sobre

qué hacer. Hoy no es uno de esos días. Hoy no hay motivos para discutir sobre qué hacer. Ni siquiera hay motivos para que los hombres peces como Andreas estén en tierra. Aun así, supongo, que Andreas hablará con el viejo Hàkon de la mar y tomará una o dos cervezas. Quizá llegue un poco ebrio. No me importa.

Lavo mi pelo desgreñado y lo desenredo con paciencia. Después busco algo de maquillaje. Un poco de color para las mejillas, no demasiado, y algo para los labios. Del armario recupero mi viejo vestido estampado. Me queda algo grande (los últimos meses apenas como), pero no importa.

Me miro en el espejo. A pesar del maquillaje, del peinado y del vestido, veo a la misma mujer. La misma soledad atrapada en cada uno de los surcos de la cara. Los mismos ojos secos por las lágrimas no derramadas.

ANDREAS llega pronto. Más pronto de lo que pensaba. Saluda al entrar. Sonríe al ver la mesa adecentada y me dice que estoy bella. Sí, bella. Esa es la palabra que utiliza. Yo sonrío. No digo nada. No puedo. Un nudo bloquea mi garganta como un esqueleto de sardina en la boca de un gato.

Se acerca y me besa. Me muestra una bolsa de plástico. Dentro hay una botella de vino blanco y dos grandes trozos de carne. Los hombres peces no comen carne. Los hombres peces solo se comen a sus hermanos los peces. ¿Habrá dejado Andreas de ser un hombre pez? Tengo una extraña sensación a mitad de camino entre la felicidad y el desastre.

Andreas se dirige a la cocina. Acaricio con mi mano la parte de mi cara donde Andreas ha dejado su beso. Andreas nunca besa. Andreas solo me penetra con furia por la noche cuando regresa a casa.

Andreas vuelve con dos vasos y la botella de vino descorchada. Después trae los dos filetes y una fuente con una ensalada de tomates. Los tomates que yo he recolectado del huerto mientras él no estaba para ser deshidratados al sol. Los mismos tomates que mi madre también deshidrataba al sol. Andreas los ha rescatado para que no sean deshidratados.

Bebemos vino y cenamos casi en silencio, con escasas palabras, como siempre. Pero no es un silencio de verdad. No es un silencio igual al resto de silencios que hay cuando él regresa. Este silencio está lleno de conversaciones: sonrisas, miradas, gestos que quiero pensar que son nuestros, pero que apenas reconozco… Sí, se trata de un silencio lleno de conversación.

Los platos de carne se vacían. La botella de vino también. Aunque algunos tomates siguen en la fuente. Andreas se levanta a por su carriel y saca tabaco para liar un cigarrillo. Yo también me levanto con la intención de recoger la mesa. Andreas me coge de la mano y con un gesto suave dice que me siente. Me ofrece su cigarrillo encendido, yo lo tomo. Él se hace otro.

Fumamos en silencio, dejándonos envolver por el humo y la no conversación.

Terminamos nuestros cigarrillos y salimos fuera. Apuramos el vino de los vasos. Hace frío y no hay demasiadas estrellas, el cielo está nublado. A pesar de eso es una noche perfecta y la sensación del aire en la cara resulta agradable.

Miro a Andreas en la semioscuridad de una luna que decrece. Sigue siendo el hombre fuerte que conocí. Pero los rasgos de la vejez comienzan a ser palpables. Las canas en su barba y en su pelo desordenado, que cuelga por su frente, le hacen parecer interesante. Sin embargo, sus facciones han perdido tensión. Sus párpados comienzan a descolgarse. Andreas se ha convertido en un hombre viejo. Yo también me he convertido en una mujer vieja. Apenas tenemos cuarenta y cinco años, pero hemos abierto las puertas de la vejez. El tiempo ha comenzado a alcanzarnos. Los hombres peces envejecen antes. Las mujeres de los hombres peces también.

Encendemos nuevos cigarrillos hasta que la oscuridad nos encierra definitivamente. Después nos vamos a la cama, juntos. Andreas se gira. Adopta una posición fetal. Siempre duerme boca arriba. Hoy no.

Yo me giro hacia él. Me encajo entre su cuerpo y rodeo su cintura con mis manos. Él las toma y las aprieta fuerte contra su vientre hasta que ambos nos dormimos.

ME despiertan golpes acompasados de algún punto indeterminado de la casa. Abro los ojos con pereza. Por la ventana se filtra la primera luz del alba. Debe de ser temprano. Palpo con mi mano el otro extremo de la cama. Andreas no está. Temo que nunca haya estado, que lo de ayer fuese un sueño, que todo haya sido producto de mi imaginación de loca.

Los golpes continúan, un tamborileo de martillazos rítmicos. Me levanto. Hace frío. Me pongo la bata que encuentro a los pies de la cama.

El ruido viene de la bohardilla. Andreas tiene acumuladas unas tablas a sus pies y aporrea con una maza unas escuadras de hierro.

Hola, te he despertado, lo siento. Dice cuando me descubre a su lado.

No sé qué hace, pero no importa. Me alegra su presencia. Me alegra verle.

Estaba ya despierta. Miento. ¿Qué haces? Me acerco a su lado.

Había algunos muebles viejos que estaban acumulando polvo y he pensado que sería buena idea construir unas estanterías con ellos, como hablamos, para colocar las cosas que hay dentro de las cajas. Todos tus libros, por ejemplo. Si te parece bien.

Hace años que no leo. No me interesan los libros. Mi vida se ha convertido en una ficción. Me he convertido en un personaje que se arrastra por las páginas de su propia novela. Un personaje previsible, sin puntos de giro posibles.

Claro. Me parece una buena idea. Sonrío. Las palabras se entrecortan antes de salir definitivamente de mis labios. Temo que nada de esto sea verdad, que la locura se haya apoderado definitivamente de mí. Me acerco más a Andreas. Le toco. Siento la aspereza de su piel. Beso sus labios rugosos y cortados por el aire y la sal. Su textura me agrada. Todo parece real. Su barba incipiente raspa mi cara. Un escalofrío recorre mi cuerpo y me hace tiritar.

Hace frío, disimulo.

Sí, dice Andreas.

Haré café, nos sentará bien.

OLTRÄF hace sonar el claxon de su vieja furgoneta. Yo barnizo las estanterías que Andreas ha lijado a partir de viejos tablones recuperados de otros muebles. El claxon de Olträf vuelve a sonar de nuevo. Bajo.

Cuando llego Andreas se despide con su mano y la furgoneta se aleja. Andreas sujeta un sobre abierto. Le pregunto de qué se trata.

De nada, responde. No es nada importante.

Andreas regresa de nuevo a la casa. Le observo. Guarda el sobre en el bolsillo.

Cuando entro Andreas está sentado en el sillón. Escribe en su cuaderno de pastas cuarteadas y fuma en silencio.

Paso a su lado y apoyo mi mano sobre su hombro. Él cierra el cuaderno.

Estoy barnizando las estanterías, han quedado muy bien. ¿Quieres ayudarme? Lo haremos juntos. Le propongo.

No, dice él, creo que a ti se te dará mejor. No levanta la cabeza. No me mira.

Sé que las cosas han cambiado. Todo es culpa de la llegada de Olträf, de ese maldito sobre que guarda en el bolsillo.

Está bien, le digo, yo lo haré.

Subo al desván. Las cajas de cartón apergaminadas están ahí dispuestas a desempolvar nuestros recuerdos para que ocupen un lugar privilegiado.

Las miro. Abro una al azar. Saco de ellas algunas fotos amarillentas. Fotos mías y de Andreas. También de Luissa cuando era un bebé y algunas otras de cuando era una niña. Fotos de momentos felices. O al menos eso es lo que tratan de aparentar.

Las miro más de cerca. En una de ellas Andreas coge mi mano y sonríe a la cámara. Estamos sentados en la hierba frente a un lago. Es el principio del verano. Recuerdo aquella excursión. La foto nos la hizo el dueño de la pequeña cabaña que alquilamos.

Nuestras expresiones son alegres. Pero nuestros ojos son tristes. Sí, Andreas y yo siempre hemos tenido los ojos tristes. Luissa

también. Los ojos se heredan, al igual que la tristeza.

Guardo de nuevo las fotos en la caja. La cierro y arrincono todas ellas en una esquina. Cierro el bote de pintura.

El sillón está vacío y su cuaderno encima de la mesa. Me asusto, temo que Andreas no esté. Pero oigo ruido en la cocina. Me acerco, Andreas está preparando la cena.

Hoy cocinaré yo, dice ante mi presencia. Haré la cena para ti.

Sonrío.

Abrimos una botella de vino. Andreas habla. Se muestra animado. Rellena los vasos constantemente. No recuerdo haber visto a Andreas hablar tanto. Ni siquiera entonces, ni siquiera cuando nos conocimos. Andreas parece feliz. Pero por alguna extraña razón yo no puedo dejar de fijarme en sus ojos y pensar que tiene los ojos todavía más tristes que los de la foto.

Terminamos de cenar y Andreas y yo encendemos cigarrillos con la mesa sin recoger. Después, cuando terminamos de fumar, Andreas me conduce al dormitorio. Me besa. Andreas nunca besa. Los hombres peces nunca besan.

Me desnuda despacio y recorre con sus manos mis carnes anémicas. Acaricia mi cuerpo y me penetra sin prisas. Sin furia. Noto su pene entrar y salir de mi cuerpo suave. Pequeños movimientos acompasados que poco a poco humedecen mi sexo. Ahogo un suspiro. Mi cuerpo se estremece. Por primera vez en mucho tiempo tengo un orgasmo.

Andreas permanece dentro de mí un rato. Ninguno decimos nada. Nos quedamos dormidos. Nuestros cuerpos enroscados y el olor salado del sudor y el sexo envolviéndonos. Lloro. No sé por qué, pero lloro.

EL olor a café llega desde la cocina. Andreas no está en la cama. Es temprano, apenas entra luz del exterior por las cortinas. Me levanto. No encuentro a Andreas. La cafetera todavía está caliente.

Salgo fuera, ni rastro de él. En la casa tampoco.

¡Andreas!, le llamo. Nadie contesta. Se ha marchado. No puede haber ido al pueblo. Es demasiado pronto. Todavía la taberna de Hàkon no está abierta. No se me ocurre ningún sitio más al que haya podido ir.

Salgo a la calle. El aire frío tensa los músculos. Avanzo unos metros y miro a uno y otro lado.

¡Andreas!, grito de nuevo. No hay respuesta.

Entro y me sirvo un café. Está templado. Ha tenido que salir hace poco tiempo. Mi cuerpo se estremece. Puede que Andreas haya vuelto al mar. Me viene a la cabeza el sobre que ayer le entregó Olträf. Puede que Andreas haya decidido ser de nuevo un hombre pez. Creí que esta vez no lo haría. La cena, las sonrisas, sus caricias, los pitillos compartidos. Su manera de hacerme el amor. Creí que esta vez Andreas se quedaría conmigo, al menos un tiempo más prolongado.

Pienso. No puede ser. No ha podido regresar al mar. Nunca prepara café cuando se marcha. Desaparece sin más, en silencio. Tampoco descorcha vino para cenar el día anterior.

Entro de nuevo en la casa. Me sirvo un café y me siento en el sillón. Tengo la esperanza de que Andreas vuelva. Lío un pitillo y le espero apurando el café a pequeños sorbos.

El tiempo queda suspendido. Se ralentiza y se acelera a la vez. Imposible distinguir las horas de los minutos, los segundos de las horas. Comienzo a dudar de que Andreas haya estado nunca aquí. Puede que Andreas no se haya ido porque nunca ha regresado. Su mano sobre mi mano, y mi mano sobre su tripa; nuestros cuerpos encajados en posición fetal, como un extraño puzle, dos gemelos que son uno y desean regresar al líquido amniótico. Desean volver a ser peces nadando en el universo materno. Dudo. Quizá todo haya

sido una mentira. Una nueva mentira de mi mente perturbada. Una mente perturbada que me lleva a deshidratar tomates y que probablemente me lleve a colgarme del árbol que vigila el huerto.

El sol cálido del invierno se filtra por la ventana. Sigo sentada en el mismo sillón. Inmóvil. Esperando. Sin ser consciente ni siquiera de mi existencia. Solo su ausencia está presente.

Levanto la vista. Reparo en el cuaderno con pastas de cuero agrietadas por el salitre y el sol encima de la mesa. Es el cuaderno de Andreas.

Lo cojo entre mis manos. Acaricio sus tapas rugosas con la yema de mis dedos. Ahora sé que Andreas no va a volver. Nunca. Andreas ha decidido ser un hombre pez para siempre. Sus branquias de pez no resisten más el oxígeno de la tierra.

No abro el cuaderno. No puedo. Sé que es una despedida. Quizá una confesión. La última rémora para convertirse en hombre pez definitivamente. En hombre pez para siempre.

APENAS me alimento desde que se marchó Andreas. Mis huesos empiezan a ser de alabastro, casi transparentes. Sostienen mis músculos con dificultad. Pero tampoco quiero ir a ningún sitio. La quietud se ha convertido en mi modo de vida.

Su cuaderno permanece encima de la mesa. Sin abrir, tal y como él lo dejó. Como un testigo mudo de nuestra derrota. Quizá como un custodio de una presencia simbólica. Una especie de urna funeraria en forma de hojas y tinta.

Fuera suena un claxon. Pero no es la furgoneta del viejo Olträf, el pitido es distinto. Vuelve a sonar. Otra vez. Tampoco es Andreas. Andreas no toca ningún claxon cuando llega. Además Andreas ha decido ser un hombre pez definitivamente.

De nuevo suena. Salgo. Tobias, el chico de la oficina postal, está de pie frente a un coche con la mano metida en la ventanilla, presionando el volante.

Me mira y saca su mano de la ventanilla.

Creí que no saldrías nunca, dice.

Le miro sin decir una palabra.

Hace semanas que hay una carta para ti en la oficina postal. Olträf ha intentado traértela en varias ocasiones, pero no le has abierto la puerta.

¿Dónde está Olträf?, pregunto.

Tuvo un pequeño accidente, se ha roto un dedo del pie y estará un par de semanas de baja. De momento le echo una mano, sobre todo con las cartas, ya sabes.

Obvio decirle que mis huesos son de alabastro, que apenas me alimento y que casi no me muevo.

Se aproxima a mí. Alarga su mano y me da un sobre.

Leo el remite. Es de Luissa. Hace más de un mes y medio que llegó. La abro delante de Tobias. Sigue allí, de pie, observándome. No me molesta que invada mi intimidad. Ya nada me molesta.

Luissa se disculpa por no poder venir en Navidad con nosotros. Ella y algunos amigos de la universidad, entre los cuales está el

chico del que hablaba en su anterior carta, van a realizar un viaje por los lagos. Yo también realicé un viaje a los lagos con Andreas cuando éramos jóvenes. Dormimos en una cabaña, bebimos vino y follamos entre besos y caricias. Como antes de marcharse.

Ni siquiera soy consciente de que ha pasado la Navidad. De lo que sí soy consciente es de que no existe ningún nosotros.

Guardo la carta en el sobre.

Gracias, le digo a Tobias.

Él asiente.

Hace frío. Un té caliente me vendría bien.

No tengo té caliente, pero le invito a entrar con un gesto de mi cabeza.

Dentro nos miramos, uno enfrente del otro, en el salón. En la mesa el cuaderno de Andreas.

Tobias se aproxima. Me besa. Abre con su lengua mis labios y la introduce dentro de mi boca. Me estremezco ante su contacto húmedo. No estoy acostumbrada a besar. Los hombres peces no besan. Permanezco inmóvil. Muevo levemente la lengua. Él hace que se enrosquen. Sus manos levantan mi vestido y descienden mis bragas. Carga conmigo al dormitorio. Me desnuda. Mis huesos de alabastro se transparentan a través de mi fina piel. Pero a él parece no importarle. Recorre suavemente mi cutícula traslúcida con su boca. La humedece. Hasta llegar a la altura de mi cuello. Besa el lóbulo de mi oreja y por fin me penetra. Mi sexo no está húmedo, pero tampoco opone resistencia a su pene. Lo acoge con agrado.

Se gira. Me sitúa encima de él. Coge mis caderas y me mueve acompasadamente, con movimientos rítmicos. Temo que mis huesos puedan romperse de un momento a otro, que las caderas se le hagan añicos entre las manos. Pero no lo hacen. De pronto noto su semen caliente dentro. Me retira. Me tumba junto a él. Su semen resbala entre mis muslos. Se derrama como antes se derramaron todos los niños no nacidos.

Es un semen líquido, casi transparente, tal y como había supuesto. No es viscoso, ni amarillo. Tampoco huele a azufre y salitre como el de los hombres peces.

Nos quedamos dormidos.

Antes cojo la carta de Luissa entre las manos. Ha pasado la Navidad. No me había acordado de ella.

Los hielos han comenzado a derretirse y el huerto comienza a florecer de nuevo.

Luissa vino al final del invierno. Un día golpearon la puerta y allí estaba ella con ese chico. Creo que no abrió la boca en todo el tiempo. Ella también lo hizo muy poco. Me dio dos besos, pasamos dentro de la casa y tomamos café.

Se disculpó por no haber podido venir en Navidad y me habló de su viaje a los lagos. Miraba al chico. Él solo asentía. A veces sonreía.

Yo le dije que su padre se había marchado para siempre, que había decidido convertirse en hombre pez y no regresar nunca.

Mi padre nunca ha existido, respondió. No tengo ningún padre.

No digas eso nunca más, le di una bofetada.

El chico hizo ademán de levantarse, pero al final permaneció sentado.

Ella ocultó sus ojos en el suelo.

Como quieras, dijo.

Nunca antes le había dado una bofetada. Pero no sé qué me pasó.

Lo siento, me disculpé.

Le mostré el cuaderno. Le dije que se lo quedara, que yo no lo había abierto y que quizá si se lo quedaba ella comprendería mejor algunas cosas.

No me pertenece, dijo. No lo quiero. No tengo nada que comprender.

Lo volví a posar encima de la mesa.

Después se marcharon. Me anunció que estaríamos una temporada sin vernos, probablemente hasta después del verano. Venía una época dura de exámenes y apenas tendría tiempo para nada. Yo sonreí. Ella también sonrió. Nos dimos dos besos en la puerta.

Antes de que ambos se montaran en el coche de alquiler que habían aparcado enfrente le entregué un sobre con dinero.

Siento lo de la bofetada, me disculpé.

No pasa nada, dijo ella. Me cogió de la mano y me apretó fuerte.

Se subió al coche. El chico ya ocupaba el asiento del conductor y tenía el motor arrancado.

¡Suerte con los exámenes!, le grité.

¡Cuídate mucho… mamá!, gritó a través del cristal de la ventanilla.

Pude ver sus ojos humedecerse antes de que se perdieran definitivamente en el valle y se alejaran de Isbrük. A pesar de todo me alegré por ella. Me alegré de que hubiese sido capaz de apartarse de los hombres peces, de que estuviera con él, con ese chico con aspecto de mujer. Me alegré de que ella se alejase de mí.

Después recordé a Andreas construyendo su pequeña cuna de madera antes de que naciese. Lijando cada una de las láminas hasta dejarlas sin ninguna rugosidad. Le recordé joven, vital. Le vi girarse y sonreírme mientras apuraba su cerveza después de barnizar la cuna en un día de sol como este. Le vi tocar mi vientre redondo y abultado con sus grandes manos callosas.

Tobias se acerca por detrás y pasa su mano por mi hombro. (Mientras Luissa ha estado en casa, él se ha encerrado con su ordenador en el pequeño desván de la parte de arriba. Tenía trabajo que hacer y yo no quería que Luissa le viese). Me giro. Deposita una taza de té entre mis manos.

Te sentará bien, dice.

Se lo agradezco. Levanto mi mirada y dejo que el sol bañe mi rostro. Es agradable. El almendro ya está en flor. Se ve imponente al fondo.

Tobias duerme en casa un par de veces por semana. Se ha empeñado en reconstituir mis huesos. Poco a poco su insistencia lo está consiguiendo. Ya casi no parecen transparentes. La piel que los recubre tampoco.

Llena la nevera y prepara comida. También adecenta la casa. Después me hace el amor con cuidado. Intenta que sus besos borren las huellas de otros en mi piel. Tobias es joven y es un hombre ciudad. Tobias aún no sabe que las huellas que la piel ha generado forman un mapa imposible de borrar y por el que es difícil abrir otros caminos. Pero yo no le digo nada. Dejo que lo intente. Dejo que crea que construye su propio mapa en mi cuerpo. No le digo

que mi cuerpo ya ha sido tallado y que no puede labrarse de nuevo.

Hoy, mientras comíamos uno de sus platos elaborados en la cena, me ha hablado de la ciudad. Me ha hablado de Isbrük. Ha insinuado la posibilidad de pedir un traslado a la capital. De vivir allí. Los dos. De vivir en su casa, quizá en otra nueva casa. Otro nuevo hogar.

He retirado los platos.

No tengo hambre, he dicho.

Él ha guardado silencio.

No me gusta tu comida, he añadido.

Ha abierto su boca para decir algo, pero me he levantado y he recogido la mesa. Lo he dejado todo en la cocina amontonado. He regresado al salón, Tobias todavía permanecía sentado.

Lo siento, se ha disculpado.

Mi cuerpo ya tiene un mapa. Mi cuerpo ya está labrado. Le he mirado fijamente y le he pedido que se marche. Quería estar sola.

Me ha mirado. Ha vuelto a decir lo siento y se ha ido sin más. Tobias es paciente. Tobias está todavía sin construir. Todavía sueña con primeras oportunidades. Tobias todavía cree que puede cambiar las cosas, que su camino será diferente.

Yo ya estoy construida. Por mucho que Tobias se empeñe en recomponer mis huesos, siempre serán de alabastro.

Me he levantado de madrugada. El cuerpo empapado en sudor y mi corazón latiendo fuera de mi pecho. La boca seca.

He visto a Andreas. Tenía una gran cola de hombre pez y nadaba en las profundidades del mar. Su torso desnudo y su cuerpo lleno de escamas como una especie de Neptuno. Nadaba furioso a contracorriente. Intentaba avanzar entre la marea. Y cuando parecía que iba a conseguirlo un arpón atravesaba su costado. Entraba limpio en sus entrañas como el cuchillo se introduce en la tarrina de mantequilla. Pero apenas sangraba y la poca sangre se diluía con el agua.

Después estaba yo, tumbada en esta cama, Tobias penetrándome despacio. Levantaba la cabeza mientras era penetrada por Tobias y allí estaba él, Andreas. De pie, en la puerta del dormitorio. Con su cola de pez, su cuerpo lleno de escamas y el arpón atravesándole el costado.

Ya no he dormido. He estado tentada de abrir su cuaderno y leerlo. Pero no lo he hecho. Simplemente lo he cogido y he acariciado sus tapas de cuero, cuarteadas, rugosas, como las escamas de su cuerpo.

Han pasado horas sin que nada haya cambiado, simplemente la oscuridad se ha disipado y mi sudor fuera, en el huerto, se ha confundido con el relente de la mañana.

Llaman a la puerta. Es Tobias. Está serio. No dice nada. Oculta su mirada. Solo alarga su mano con un sobre, es un telegrama.

Lo sé, digo. Andreas ha muerto. Le han atravesado las entrañas con un arpón.

Él me mira sorprendido. También asustado.

No te preocupes, le digo. Apenas ha sufrido, casi no ha sangrado. De todos modos, Andreas ya estaba muerto hace mucho tiempo. Murió poco a poco. Moría cada día que estaba en el mar y cada día que estaba fuera de él. Los hombres peces siempre mueren así, poco a poco.

Tobias me abraza. Yo permanezco inmóvil, estática. Noto cómo

mis huesos de alabastro se descomponen y se deshacen entre sus brazos, cómo me convierto en polvo.

LUISSA coge mi mano en el momento en que dos operarios descienden el ataúd donde reposa el cuerpo de Andreas. Nos miramos a los ojos.

El día anterior me llamaron para reconocer su cadáver. Un coche vino a buscarme a casa, Luissa me acompañó. Lleva tres días aquí, en Isbrük, con su hombre mujer. Duermen juntos, en la habitación de al lado. Aunque todavía no les he oído hacer el amor. Al principio pensaba que era por respeto, quién sabe si también por dolor (Luissa finge no querer a Andreas, finge no tener padre). Pero algunas veces creo que simplemente no hacen el amor, que el contacto físico no les interesa.

Luissa se ofreció a entrar conmigo. Le dije que no. Prefería hacerlo sola. Un hombre mayor, un antiguo hombre pez, destapó una sábana blanca que cubría un cuerpo que reposaba en una cama metálica. Lo miré.

Era casi igual a Andreas, tenía sus mismos rasgos, los mismos surcos en su piel. Era como una especie de figura de cera inerte que imitaba a Andreas. Recorrí sus facciones con mis dedos. Estaban frías. Exceptuando los labios. Era extraño, pero sus labios estaban tibios. Los besé.

No, no era Andreas. Aunque los labios sí eran los suyos. Yo sé que Andreas está dentro del mar, con una gran cola escamada, igual que Neptuno, y un arpón clavado en el costado. Me lo dijo él mismo, se presentó aquella misma noche. También para decirme que sabía que otro hombre me había poseído, que otro hombre había penetrado mis entrañas; y que, a pesar de todo, de algún modo, lo entendía.

Miré al hombre mayor y afirmé con la cabeza.

Sí, es Andreas, le dije con mis gestos. Pero en realidad yo sabía que ese no era mi hombre pez.

Terminan de descender el ataúd. Es un día templado de comienzo de primavera. No hay mucha gente en el cementerio. En Isbrük nunca hay mucha gente en ningún sitio. Isbrük es un pueblo

fantasma. Un cementerio para hombres peces que no mueren en el mar y terminan agonizando cada día, poco a poco, entre la tierra, la nieve y el tiempo detenido.

Algunas personas rodean el ataúd. Está Tobias. También el viejo Olträf y algunos otros más, a los que nunca he visto. Los brazos cruzados sobre el pecho o las manos metidas dentro de sus anoraks. Los ojos posados dentro de sus pensamientos. Tobias me mira por encima de sus ojos.

Alguien se acerca y lanza un puñado de tierra dentro. Luego coloca una corona de flores y se acerca a Luissa y a mí. Nos da la mano y nos dice que lo siente. Uno a uno todos los hombres peces siguen el mismo ritual. Lanzan un puñado de tierra y después se acercan a Luissa y a mí. Nos ofrecen sus condolencias. Tobias es el último. Tobias no es un hombre pez. Me sujeta por los hombros y besa mis mejillas. Me dice que lo lamenta. Yo sé que no se refiere solo a la muerte de Andreas. Me dice que pasará por casa. Después besa a Luissa y estrecha la mano de su hombre mujer.

Nos quedamos solos.

LUISSA y su hombre mujer se han marchado de nuevo. Lo hicieron el día después de enterrar a Andreas. Insistieron para que me fuera con ellos a la ciudad, para que me alejase de Isbrük, para que me alejase de esta casa.

No nos iremos si no vienes con nosotros, dijo. Esta vida no te pertenece, mamá. Esta vida no era tuya, esta vida era suya y él ya no está. Bastante has aguantado todos estos años.

¡No hables así nunca más de Andreas! ¡No hables así nunca más de tu padre! Él era un buen hombre. ¡Tú no sabes nada!, grité.

No quiero ir con vosotros, mi sitio está aquí, sola. Probablemente mi sitio está en ese almendro que me espera. Esto último no se lo dije.

Está bien, como quieras, dijo. Y se fueron.

Algo me dice que no volveré a ver a Luissa. Algo me dice que no volveré a ver a mi hija. Algo me dice que es mejor así.

La cafetera silba. El café ya está listo. Salgo al huerto con una taza. Lío un cigarrillo. Llevo el cuaderno de Andreas en el bolsillo. Mi corazón está agitado dentro del pecho. Estoy nerviosa, pero de algún modo me siento viva como hacía tiempo no lo estaba.

Es extraño, pero tengo la sensación de que él, Andreas, también está más vivo que nunca. Los dos estamos más vivos y más cerca el uno del otro. Casi tan cerca como la última vez que estuve a su lado. Como cuando cogía mi mano entre la suya y no me penetraba furioso.

Me siento debajo del almendro y apoyo mi espalda en su tronco rugoso. Las primeras flores ya han comenzado a brotar de sus ramas. Levanto la cabeza e imagino a mi madre colgada de ellas. Un escalofrío me recorre. No tengo miedo, sé que acabaré colgada de esas mismas ramas. Me pregunto cuánto tiempo se tarda en morir. Tu cuerpo suspendido, el cuello roto y el aire que no entra en los pulmones… El dolor también purifica. El dolor te limpia por dentro. El dolor es lo que nos conecta con el origen, con la tierra, con la madre. El dolor es presente y pasado.

No, no tengo miedo al dolor.

Oigo el timbre de la puerta. Pero no me inmuto. Sé que es Tobias. Él está convencido de que me rescatará, de que será mi salvación. Quizá también de que yo seré la suya. Él piensa que la muerte de Andreas es una oportunidad, quién sabe si una señal.

El timbre vuelve a sonar.

Aprieto fuerte el cuaderno entre mis manos, quiero fundirme con él. Quiero que los tres nos fundamos en uno: el cuaderno, Andreas, el almendro, la muerte, yo… Siento que todos somos uno, sinónimos que se difuminan en una página para acabar formando una nueva palabra. Distinta. Mejor.

… claro que la soledad no viene sola
si se mira por sobre el hombro mustio
de nuestras soledades
se verá un largo y compacto imposible
un sencillo respeto por terceros o cuartos
ese percance de ser buena gente…

ANDREAS

Anja cruje entre mis manos.
Yo la hago crujir.
La penetro con fiereza.
Ella me busca, busca,
lo que queda de mí.
Trata de encontrarme.
Trata de encontrarse.
Trata de encontrarnos,
Anja sabe que ya no estamos,
que ya no somos.
Yo sé que ella lo sabe.
Ella sabe que yo lo sé.
Anja cruje entre mis manos.
Yo la hago crujir
mientras yo crujo.

HUBO un tiempo en el que Anja y yo jugamos a ser felices. Creímos que podríamos conseguirlo y casi lo logramos.

Ahora ya queda muy poco de todo eso. A mí todavía me queda el mar. El mar devora todo, se traga todo. Se lleva con él la felicidad, pero también se lleva la tristeza. A Anja todavía le queda menos. Solo le quedan los recuerdos de ese tiempo. Solo los recuerdos, ni siquiera la esperanza.

Decidimos/decidí/decidió venir a Isbrük en busca de algo que nunca encontraremos, en busca de nosotros mismos. Pero desde el primer momento, desde que pusimos el pie en la vieja casa de sus padres, los dos sabíamos que no iba a ser posible. Nosotros ya no estamos en ningún sitio. Pertenecemos al pasado.

CADA vez que regreso Anja está más delgada. Apenas come nada. Solo riega el huerto y se relaciona con las plantas.

Anja parece un fantasma que vaga de un sitio para otro sin un rumbo fijo. Sin más intención que su propia presencia fortuita. Yo también soy un fantasma, un fantasma estático.

Me gustaría decirle muchas cosas a Anja: que la echo de menos (suena cursi, pero es así), que la quiero, que la quise, pero que la quiero. Sin embargo, no soy capaz de decirle nada. Eso me come por dentro, me enfada. Me odio por no ser capaz de decirle nada. Me odio y termino por odiarla a ella. Por eso la follo una y otra vez, sin importarme sus sentimientos, sin importarme mis sentimientos. Quiero destruirla para así destruirme a mí mismo.

Tuve una hija
Viva
Tuve algunos hijos
Muertos
Tengo una hija
Muerta
Tengo muchos hijos
Que viven
Muertos

ANJA cree que soy feliz en el mar. Cree que solo regreso a la tierra para descansar, que no soporto estar a su lado, que deseo huir, que deseo no verla.

Es cierto. No soporto estar a su lado. No soporto ver sus ojos huecos, su piel desgastada. No soporto ver en qué la he convertido. Quiero a Anja, pero la he asesinado poco a poco. La he encerrado en una cárcel despoblada y yerma que no merece.

Aunque no soy feliz en el mar. Pero el mar es solo silencio y soledad.

Anja cultiva el huerto mientras yo la observo al otro lado por la ventana del salón. Me imagino que es joven y que Luissa tan solo es una niña que juega junto a ella al escondite. Después entra corriendo y me enseña algo que ha encontrado en el huerto, quizá un pequeño insecto con la piel púrpura, un extraño insecto del que yo finjo asustarme y ella me acerca aún más para ver mis ojos aterrados. Reímos.

Es Anja quien entra por la puerta. Me mira de soslayo. Yo aparento no ver su mirada y oculto mis ojos en las páginas de este cuaderno. Ella desaparece dentro de la cocina. Miro por la ventana y la sigo viendo allí, cultivando el huerto mientras Luissa se esconde detrás del viejo árbol y asoma la cabeza en un juego sin fin.

Llevamos más de una semana sin poder pescar. El temporal no permite que los barcos salgan al mar. Los hombres están desesperados. Miran al cielo y tuercen el gesto. Discuten entre ellos y vaticinan malos augurios.

Un pescador se queja del mar, pero no puede vivir en tierra. Es una maldición.

Al principio decían que sería solo un par de días, que el temporal amainaría y las aguas volverían a su cauce. Pero los días pasan y todo continúa igual. El cielo escupe su ira y los barcos no pueden levantar el ancla. Los capitanes temen por la vida de sus hombres y también temen por la vida de sus familias si este año no pescan el suficiente atún. La temporada está finalizando y cada año es peor.

No aguanto más. No soporto ver reflejado en los rostros ajenos la desesperación propia. He decidido volver a casa con Anja.

No puedes irte ahora, dice el contramaestre, el temporal no puede durar mucho. Apenas un par de días más. Los meteorólogos vaticinan buen tiempo el martes.

Ya llevamos muchos días parados. Esto no tiene pinta de cambiar. Y aunque así fuese, podéis apañaros sin mí. Serán solo unos pocos días. Necesito un descanso.

Él me mira extrañado. Los ojos se le achinan. Un marinero no descansa en época de pesca. No hasta que ha cogido el último atún.

Está bien. Pero no tardes más de una semana, dice.

En la taberna de Hàkon los viejos pescadores apuran sus vasos en silencio sentados los unos frente a los otros. Yo hablo con Hàkon, acodado en la barra, del atún y del temporal que me ha traído a casa.

Hàkon cojea detrás del mostrador. Perdió los dedos del pie derecho por culpa del despiste de un compañero, aunque no habla nunca de ello. No le quedó más remedio que recluirse entre estas cuatro paredes en las que apenas entra la luz. Ahora arrastra su pie y su desesperanza mientras llena vasos de licor amargo y finge que todavía la sal le salpica en el rostro.

Miro a todos esos viejos allí sentados, derrotados, hastiados de sí mismos. Me veo a mí. Dentro de poco seré uno de ellos. Anja y yo seremos dos ancianos que solo tienen pasado. Ya solo nos queda el pasado. Solo soñamos con nosotros mismos. Yo sueño conmigo y con Anja. Con una vida que nunca tuvimos.

A veces pienso que todavía podríamos ser felices juntos. Anja cuidaría del huerto y yo trabajaría en cualquier cosa. O simplemente cuidaría de ella. Luissa vendría a visitarnos de vez en cuando. Después, al caer la tarde nos sentaríamos en el porche y hablaríamos del día. O simplemente nos miraríamos en silencio y después miraríamos el horizonte. Entrelazaríamos nuestros dedos y pensaríamos que es bonito envejecer juntos.

A veces pienso que eso es posible. Pero sé que no. Sé que todos esos viejos derrotados, sentados frente a mí, en realidad no existen. Sé que esos viejos en realidad son solo uno, en realidad soy solo yo.

Conocí a Anja en el instituto, cuando todavía éramos unos niños. Me fijé en ella porque era una chica triste y solitaria. Supongo que yo también lo era.

Anja vivía con su padre. Un tipo amargado, también triste y solitario, pero no del mismo modo que Anja. Su mujer, la madre de Anja, se había suicidado colgándose de un árbol en esta misma casa en la que vivimos ahora. El mismo árbol que hay al final del jardín. Aunque esto no lo supe entonces, sino algún tiempo después.

Por eso, aunque nunca me cayó demasiado bien, le comprendía. Supongo que si mi mujer se hubiese colgado de un árbol también yo sería un tipo amargado que lo único que haría es ver la tele y beber cerveza.

En realidad, me enamoré de la tristeza de Anja. Creí que podría convertir a la chica triste en una chica feliz. Creí que podría curar mi propia tristeza curando la de Anja. No fue así.

Nuestra historia se convirtió en la historia de todo el mundo. Una historia corriente de perdedores. Terminamos el instituto y Anja me pidió que nos fuésemos a vivir juntos. No soportaba más regresar a casa y ver a su padre sentado en el sillón, rodeado por latas de cervezas vacías en la semioscuridad de la luz fluorescente.

Alquilamos un pequeño apartamento que Anja convirtió en un hogar y yo comencé a trabajar en el muelle, como la mayoría de hombres de la ciudad que no habían terminado sus estudios. Al poco llegó Luissa.

Anja parecía que había dejado de ser la chica triste que conocí en el instituto. Yo también había conseguido dejar de serlo a su lado. Las cosas parecían ponerse de cara. Pero nada dura demasiado.

Cuando nació Luissa ya pasaba temporadas en el mar. A veces muy largas. Anja se quedaba en casa sola, ocupándose de Luissa y de todo lo demás.

Supongo que poco a poco los dos fuimos acumulando nuestro propio cansancio por separado. Supongo que poco a poco los dos fuimos alejándonos del otro y de camino de nosotros mismos. O quizá fue a la inversa.

A veces creo que Anja me pidió venir a Isbrük para colgarse del mismo árbol en el que se colgó su madre.

Temo regresar y no encontrarla, o encontrarla ahí, al final del jardín, con los pies colgando cincuenta centímetros por encima del suelo. También temo volver al mar y no verla nunca más, o volver a verla como un pez desecado en salmuera.

No quiero volver a casa y no quiero regresar al mar.

Hubo un tiempo en que creí que mi hogar estaba al lado de Anja. Hubo otro tiempo, después de todos los abortos, que creí que mi hogar estaba en el agua, rodeado del murmullo de la marea. Noches oscuras y tranquilas y días agitados con la mar embravecida. Incluso creí en todos esos mitos, en todos esos cuentos que hablan de la lucha del hombre contra el mar. Hemingway, Melville. Me creí uno de ellos.

Ahora no sé dónde está mi hogar.

CUANDO era pequeño no soñaba con ser nada de mayor. Todos los niños sueñan con ser algo: policías, médicos, futbolistas, bomberos… Yo no soñaba con ninguna de esas profesiones. Mucho menos con ser pescador. Solo quería no ser como mi padre. Deseaba no ser como él.

No recuerdo a mi padre lanzándome la pelota de béisbol contra el bate en el jardín. Tampoco agarrando la parte trasera de mi sillín mientras me animaba a pedalear. Solo le recuerdo regañándome por cualquier estúpida cosa que no tenía la menor importancia: mis zapatillas estaban manchadas de barro, o se me había olvidado entregarle una nota del colegio, o quizá no me había vestido lo suficientemente rápido. Recuerdo sus broncas y su tono irónico, a veces amenazante, sus ojos mirándome con desprecio. Algunas veces también discutía con mi madre en la cocina, yo oía mi nombre; otras veces, simplemente discutían por cosas que no entendía.

También le recuerdo llegando cuando la luz del sol estaba a punto de desaparecer, con un mono lleno de crasa. Se quejaba de que llevaba todo el día trabajando y se sentaba en el sillón. Luego me preguntaba algo, del colegio o de cualquier otra cosa. Después, me reprochaba lo que fuese. Siempre había algo que reprochar.

Soñaba con no ser como él. Más tarde, cuando conocí al padre de Anja, también deseé no ser como él. Deseé un mundo diferente para Anja y para mí, con unos padres diferentes. Yo sería mi propio padre y el padre de Anja.

No soy como mi padre, tampoco como el padre de Anja. Aunque de algún modo, soy exactamente como los dos.

LUISSA llora en el dormitorio, supongo que tiene hambre. Al rato se calma. Anja se habrá despertado y le habrá ofrecido su pecho. Los pechos de Anja son hermosos. Siempre lo han sido. Pero desde que nació Luissa lo son todavía más. Se han redondeado y colmado para ofrecerle a Luissa su alimento. Sus pezones se han oscurecido y agrandado.

Sin embargo, desde que Luissa está con nosotros, Anja y yo no nos relacionamos. No solo sexualmente. Luissa lo ocupa todo. Ocupa los desvelos de Anja. De algún modo también los míos. Aunque yo apenas me hago cargo de ella. Duermo en otra habitación. Finjo que necesito descansar. Pero en realidad me da miedo su presencia. Me inquieta. Me hace sentir torpe e inútil.

Nunca la cojo entre mis brazos, si no es absolutamente necesario. Temo que se rompa, que mi falta de tacto la quiebre. Ni siquiera me atrevo a mirarla. Su sonrisa, sus ojos llenos de vida, sus pequeñas manos y sus pequeños pies agitándose me abruman. Me enfada no ser capaz de corresponder a sus deseos. Me enfada mi incapacidad para satisfacer sus demandas, su necesidad de juego. Me enfada no ser capaz de estar a su altura. Me escondo tras mi hombría. Una hombría que demuestra mi cobardía. Un bebé es cosa de mujeres, le digo a Anja.

Solo estoy tranquilo cuando Luissa duerme. Entre sueño y sueño, Anja aprovecha para asearse o para adecentar la casa. Es el momento que yo aprovecho para mirar a Luissa mi hija, para disfrutarla, para decirle en silencio que daría la vida por ella, que aunque se trata de algo manido, mil veces oído, en mi caso es cierto. Cuido sus sueños, me complace su tranquilidad, sus párpados suavemente cerrados, sin una sola arruga. Sus labios levemente arqueados. Carnosos, igual que los de Anja.

Me odio por no ser capaz de decirle palabras sin sentido, por no ser capaz de cantarle canciones con rimas pronunciadas que no significan nada. Ni siquiera sé canciones con rimas pronunciadas. Me odio por no ser capaz de corresponder su sonrisa con una mía. Me odio por ocultarme tras un parapeto que me convierte en otra persona, probablemente en quien realmente soy.

Oigo desde la habitación contigua, donde yo mismo me he desterrado desde que Luissa nació, cómo Anja la posa en la cuna de madera que le construí —probablemente el único gesto paterno desde que vino al mundo—. La balancea con movimientos acompasados mientras tararea una vieja canción que en algún momento escuché de niño, pero de la que apenas recuerdo el compás.

Después todo queda en silencio. Luissa se ha dormido. Probablemente Anja también. Yo sigo despierto.

La mañana se abre
El agua salada se cuela por los poros
y endulza las entrañas.
Los gritos amortiguan el silencio.
Lo acompañan.
Las redes se extienden,
recubren nuestros miedos.

ANJA embala todo en cajas de cartón con cuidado. Me pregunta si me parece bien que llevemos la taza que utilizo siempre para desayunar —ni siquiera soy consciente de que tengo una taza para desayunar que siempre es la misma—, o si merece la pena que metamos los libros, o los álbumes de fotografías… Yo respondo a veces que sí, otras que no. Aunque la mayoría ni siquiera contesto.

Las cajas se acumulan en medio del pasillo. Unas encima de otras, con sus objetos que se superponen y se aprietan sin un orden demasiado estricto ni definido, al igual que nuestros recuerdos.

Anja se muestra vital, sonríe, me hace partícipe de su alegría. Yo apenas esbozo muecas que son todas la misma, aunque intentan parecer diferentes.

Anja se muestra alegre porque hemos decidido ir a vivir a la vieja casa de Isbrük. Isbrük es el viejo pueblo de pescadores donde nació la madre de Anja.

De pequeña Anja estuvo viviendo allí un tiempo, aunque no se acuerda de mucho. Ni siquiera se acuerda de que su madre se ahorcó en uno de los árboles que hay en el huerto de la casa. O quizá lo recuerda demasiado bien.

Cuando su madre decidió morir, Anja y su padre se trasladaron a la ciudad. Anja era muy pequeña. A partir de ese momento se convirtió en un pequeño fantasma que vagaba por la casa mientras su padre bebía latas de cerveza en la semioscuridad.

Anja siente que nosotros también nos hemos convertido en fantasmas que vagan entre cuatro paredes. No lo dice así, pero eso es lo que cree. Anja cree que en Isbrük dejaremos de serlo.

Luissa no viene con nosotros. Comienza la universidad en otoño y ha decidido quedarse aquí. Ni siquiera colabora en la mudanza, una amiga la ha invitado a pasar unos días en su casa. No quiere ser testigo de nuestro exilio. Ya ha vivido demasiadas derrotas a nuestro lado.

REPARO algunos de los viejos muebles. Introduzco cuñas de madera en las patas de las sillas y las mesas, después las lijo y las barnizo.

Parecen nuevos, dice Anja mientras me acerca una cerveza fría. Descanso, le doy un trago. Ella ordena, limpia el polvo, lava las sábanas y adecenta el terreno que hay a espaldas de la vivienda.

Por la noche bebemos más cerveza en el porche, a veces también vino en vasos pequeños, con el cristal arañado, que había encima del fregadero. Fumamos en silencio, nos observamos. Anja coge mi mano, yo la correspondo.

Me gustaría estar siempre así, dice Anja con la vista perdida en el horizonte. Tengo miedo, añade.

Yo apuro mi pitillo y lo estrujo contra el suelo con mi bota. Termino la cerveza de un trago.

Me iré dentro de un par de días, le digo. La casa ya está casi lista. Llevo más de una semana sin trabajar. Tengo que volver…

Al mar, completa Anja. Lo sé. Pero quizá puedas buscar trabajo en Isbrük, en la fábrica de piensos, quizá es el momento de cambiar de verdad. Quizá podemos volver a empezar…

Me mira fijamente. Ahora soy yo quien oculta la mirada en el horizonte.

No podemos cambiar. Yo no puedo. No sé hacer otra cosa. Solo sé pescar. Solo sé estar en el mar.

Sí, eres un hombre pez, sentencia Anja. Siempre lo has sido.

¿Un hombre pez? Quizá solo sea eso, un hombre pez.

Anja entra en la casa, deja su cerveza a medias en el poyete de la ventana.

Te irás sin avisar como siempre, ¿verdad?, dice antes de entrar en la casa.

Vuelvo la cabeza para responder algo. Aunque no sé muy bien qué. Anja ya no está.

ANJA se consume. No puedo soportarlo. Sus cartílagos mortecinos me dañan los ojos. Irritan mis pupilas. Anja arroja su belleza a un acantilado de locura

Hoy removía su vida, nuestra vida, empolvada en cajas de cartón. No he podido resistirlo. No he podido resistir el pozo de desesperanza al que me abocaba su mirada.

De algún modo, le he prometido que seremos diferentes, que existe una posibilidad para nosotros, que existe la posibilidad de ser los que nunca fuimos, pero los que siempre soñamos.

Me marcho. Me marcho para siempre. El mar me reclama. Sabía que sucedería. Guardo el sobre de Olträf en mi bolsillo. No quiero que nos engañemos más. No quiero seguir dañando a Anja. No quiero seguir absorbiendo las pocas entrañas que le quedan, no quiero seguir chupando el tuétano de sus sentimientos.

Miento
Envuelvo su cuerpo con mis caricias
La engaño Le digo la verdad
Le digo que la quiero
Me derramo en ella
La beso
Miento
Le digo la verdad
Dejo que mis manos recorran/recojan
Sus caderas
Me marcho
Para siempre
Miento
Le digo la verdad
La quiero
Como quise/quisimos
Querernos
La quiero hoy
Como siempre
Como la eternidad
que dura un día
Un día que es toda la eternidad.
La quiero hoy
Siempre.

En el mar no existen mujeres, aunque en él siempre están todas las mujeres presentes: las madres, las hijas, las esposas… Incluso las madres, las hijas y las esposas que uno no ha conocido.

Anja cree que yo siempre he echado de menos un hombre. Un hijo varón al que poder trasmitir todo lo que sé. Un varón fuerte. Un varón en el que verme reflejado.

Anja se equivoca. Siempre he echado de menos a la hija que tuve y nunca supe cuidar. A la hija a la que nunca supe mirar cuando tenía los ojos abiertos. A la que solo velaba sus sueños. Para la que construía cunas que nunca mecía.

Nunca he sido el padre de Luissa y jamás podré serlo.

Anja perdió todos aquellos niños que nunca nacieron creyendo que yo los deseaba. Yo perdí la única niña que nació deseando poder encontrar su mirada y sonreír con su sonrisa.

Ahora la busco aquí, en el mar, donde no existen las mujeres, pero están todas las mujeres del mundo.

En el mar uno encuentra todo lo que perdió, aunque no sea capaz de atraparlo con sus manos. Por eso odio el mar. Por eso amo el mar.

NUNCA he pensado en la posibilidad de que Anja pueda estar con otro hombre. Sé que Anja no desea estar con otro hombre. O desea estar con otro hombre que soy yo mismo, pero que no se parece en nada a mí.

Esta noche el mar estaba agitado. Las olas se levantaban negras por encima de la cubierta y el barco se zarandeaba acunado por la bravura de las aguas. Apenas he podido dormir. He estado pensado en nosotros. En Anja y en mí. Sobre todo, en Anja. También he pensado en Anja con otro hombre. Otro hombre que la acaricia. Otro hombre que expulsa su semen dentro de su vagina, que la penetra. Quizá otro hombre con el que puede tomar cerveza en el porche y conversar. Sobre todo, conversar.

Puede que si yo no estuviese, Anja pudiese follar, tomar cerveza y conversar con otro hombre.

Eres un hombre pez. Sus palabras dan vueltas en mi cabeza.

Sí, solo soy eso. Un hombre pez. No, ni siquiera soy un hombre pez. Hubo un tiempo que quizá lo fuese. Pero ahora ya no. Ahora ya solo soy un pez. Un pez gigante y dañino que ya ha cumplido su ciclo y necesita ser arponeado.

La mar está más calmada que anoche, aunque todavía sigue embravecida. El cielo amenaza temporal. Es un día bonito. Puede que un día tan bonito como cualquier otro.

Tomo impulso, me lanzo por la borda al agua y braceo hasta el fondo con furia, impulsándome fuerte con mis manos que se convierten en potentes aletas. Ya casi toco las algas. Ya casi toco a mis hermanos los peces. Mis pulmones se llenan de agua y se convierten en entrañas que asimilan perfectamente el oxígeno que hay en ellas. Poco a poco mis piernas se transforman en una gran cola escamada que me permite moverme con facilidad entre las aguas.

Oigo gritos en la lejanía, en la cubierta del barco.

Alguien grita: ¡Andreas!

Otro chilla: ¡Hay que rescatar a Andreas! ¡Andreas se ha caído por la borda! ¡Hemos perdido a Andreas!

Yo sigo moviéndome con facilidad entre la corriente. No soy Andreas. Simplemente soy el pez que siempre deseé ser. Soy un pez. No soy nada.

… después de la alegría
después de la plenitud
después del amor
viene la soledad…

ISBRÜK

Soy un pueblo sin mapas, sin diagramas, sin puntos cardinales que me dispongan. Las estaciones del año se suceden entre la tibieza y la nieve nacarada que puebla mis tejados. Estaciones que se solapan y acaban pareciendo una.

El frío tensa los huesos y el calor cetrino apelmaza las entrañas, las prepara.

Distribuyo mis casas sin un orden establecido en una tierra estéril adornada por verdes y anaranjados. Casas huecas, solo revestidas por el aliento espeso de sus habitantes.

Una fábrica de piensos a las afueras sirve de refugio a la rutina de unos pocos y un mercado itinerante, dispuesto para la ocasión, es útil para airear la pesadumbre de sus mujeres.

Una vez al mes las sombras que recorren mis calles acuden a la corporación. Debaten, guardan silencio, fingen preocuparse… Nada es importante, no existo.

La iglesia en el centro se hincha de rezos pervertidos, rezos baldíos que rebotan en sus paredes.

Nada es importante, no existo.

FUI creado para acoger muertos. Muertos que parecen vivos, pero que en realidad no lo están.

Algunos, los menos, ya nacieron muertos. Hijos de otros muertos que se han reproducido generación tras generación en este valle infértil. La mayoría no. La mayoría vienen aquí una vez que han fallecido para vivir tranquilos.

Todas esas mujeres que pasean con sus bolsas fútiles por el mercado, por mis calles, son un ejemplo de ello. Llevan en sus caras y colgadas de sus asas la pesada losa de la muerte. De la muerte propia y de la muerte de sus maridos.

Todos recorren mis caminos, mis campos, como si estuviesen vivos. Pero no lo están. Otros, como Andreas y Anja, acuden aquí para vivir de nuevo. Aunque eso ya no es posible. Andreas lo supo siempre. Anja no. Anja tuvo la esperanza de revivir otra vez más. Pero aquí nadie revive. Nadie revive porque no existo. Isbrük no existe.

Soy solo un gran cementerio, un decorado, que se nutre de hombres y mujeres que han sido ya tragados por las aguas de su propia desesperación. Una necrópolis donde desembocan años de desesperación y desidia.

En Isbrük también hay unos cuantos vivos, pocos, que terminarán por estar muertos tarde o temprano. Vivos necesarios para mantener la esperanza de los muertos. Pero que se mimetizan con ellos con el paso de los días.

Tobias es uno de ellos. Tobias llegó aquí hace poco tiempo. Venía en busca de nuevas experiencias, de paz, de tranquilidad. Tobias no debía morir tan pronto. En Isbrük habitan muertos que han perecido lentamente. Tobias lo hizo más rápido de lo previsto. Pero cometió el error de intentar resucitar a Anja y acabó sucumbiendo con ella.

Ahora vaga por las calles como uno más de los hombres peces, como los llama Anja. Aunque en realidad él nunca ha sido un hombre pez. Es un muerto diferente. Porque no todos los muertos

son iguales.

Anja nació ya muerta. Era hija de una muerta, aunque ella intentó huir de su destino. Pero Anja nació para vivir aquí, en Isbrük. Anja nació ya muerta. Por eso volvió. Anja me pertenece.

Su madre decidió desaparecer de la tierra de los muertos colgándose de un árbol en su propia casa. Dejó secar sus sueños al sol, al igual que los tomates. La madre de Anja deshidrataba tomates al sol. Anja también.

Tarde o temprano los muertos desparecen de Isbrük, se marchan a otro lugar. Suele suceder cuando son conscientes de que están muertos. O simplemente cuando se aburren de ser simplemente muertos.

Al viejo Olträf el mar le comió los pulmones cuando era joven. Fue una mañana de barlovento. Lo agarró con fuerza y lo introdujo en sus entrañas. Después lo escupió de nuevo a la superficie. El mar no lo quería. No era su momento. Aunque ya había tragado demasiada agua.

Le pudieron salvar la vida, pero quedó inútil para la pesca. Estuvo un tiempo en el puerto, se encargaba de recibir el pescado y seleccionarlo.

Ver los barcos anclar y luego marcharse de nuevo era demasiado. No podía soportarlo. Vino aquí, donde los barcos no se pueden ver, aunque el olor a sal está presente. Su mujer le acompañó, pero una mañana de primavera se marchó. Simplemente cuando Olträf se levantó ya no estaba. Ha sido de las pocas que ha huido de entre los vivos muertos.

A los pocos meses Olträf compró una vieja furgoneta y se dedicó a llevar víveres a las casas diseminadas por el valle.

Los muertos agradecen su presencia. Es silencioso, como parte del decorado. Pero contribuye a dar sensación de realidad. Los víveres que trae no son importantes. Los hombres peces y las mujeres de los hombres peces no necesitan comer mucho. Menos cuando ya han muerto.

Olträf simplemente toca su claxon y espera. En la mayoría de ocasiones nadie abre las puertas de sus casas. A veces sí, las menos. A Olträf no le importa. Olträf está acostumbrado a esperar. Olträf solo espera. Toda su vida no ha hecho otra cosa que esperar.

Espera volver al mar y espera que su mujer regrese. En realidad, Olträf espera, mientras conduce la vieja furgoneta, que se repita aquel día en el que el mar le tragó a sus profundidades. Espera que el mar le absorba de nuevo y le deje dentro para siempre. Olträf sueña que vive en el mar.

De eso hace ya mucho tiempo. Lleva años recorriendo el valle y esperando un día tras otro lo mismo. Nunca envejece porque el viejo Olträf siempre ha sido viejo. Aunque cada vez está más

extenuado. Los muertos también están extenuados.

La taberna de Hàkon es una especie de centro de reunión donde reside el consejo de ancianos. Un consejo de ancianos que no se necesita en un pueblo donde los consejos están de más y todos los que recorren sus calles son ancianos: ancianos niños, ancianos jóvenes, ancianos ancianos. Ancianos, al fin y al cabo.

Los hombres levantan sus vasos de licor y arrugan sus facciones en gestos indeterminados ante cualquier comentario.

En la taberna de Hàkon los hombres juegan a tomar las decisiones. Decisiones sobre días que son iguales a otros días, como copos de nieve que caen sobre el asfalto acumulándose unos encima de otros. Decisiones que no es necesario tomar porque aquí todo está decidido.

Hombres peces que se resisten a vivir fuera del mar. Hombres peces que fingen bostezar, pero que en realidad mueren con la boca abierta. Todos los hombres peces mueren con la boca abierta, al igual que sus hermanos los peces.

Hàkon siempre temió el mar. A Hàkon nunca le gustó el mar, pero se vio abocado a él por una genética heredada generación tras generación que le obligaba a ello.

Hàkon huyó del mar a la menor oportunidad que tuvo. Enganchó su cuerpo a las redes de pesca hasta que las poleas seccionaron su pierna. Fingió un accidente. Después fingió la tristeza por haberlo sufrido.

Ahora Hàkon arrastra su pierna tullida y arrastra su tristeza fingida detrás del mostrador. También arrastra la tristeza real y la vergüenza de su cobardía.

Hàkon no murió como el resto de hombres peces, pero también abre la boca. Aparenta que bosteza, aparenta que busca el oxígeno capaz de alimentar sus branquias.

Hàkon no cometió ningún error. Su error fue involuntario. Ajeno a él. Su error solo fue nacer dentro del vientre de la mujer de un hombre pez.

… conforme
pero
qué vendrá después
de la soledad…

ANDREAS

He regresado a Isbrük para ver a Anja por última vez. He vuelto con el arpón clavado en mi costado y mi herida supurando pequeños coágulos de sangre.

Sé que probablemente he sido un cobarde. Recuerdo que en una ocasión le prometí a Anja que estaríamos juntos siempre. Eso fue antes de que naciese Luissa. Mucho antes. Apenas éramos casi dos niños. Estábamos sentados en la puerta de su casa, a punto de despedirnos. Su padre estaba dentro de la casa, con las luces apagadas, solo la televisión encendida y todas esas latas de cerveza acumulándose alrededor del sillón.

No quiero irme. No quiero separarme de ti, me dijo Anja.

Yo tampoco quería separarme de ella. Pero todavía no vivíamos juntos. Estábamos en el instituto y no teníamos dinero para pagarnos ni siquiera una habitación. Ninguno de los dos trabajábamos, a no ser en algún trabajo esporádico que apenas cubría nuestros gastos de adolescentes.

No quiero irme, repitió Anja y me cogió la mano.

No te preocupes, siempre estaremos juntos, le dije al cabo de unos segundos tragando saliva.

Promételo. Ella me miró a los ojos.

Siempre estaremos juntos, le aseguré mirándola a los ojos también.

He incumplido mi promesa, lo sé. La he abandonado, la he dejado sola. Pero creo que hubiese sido peor no hacerlo. Anja todavía se puede salvar.

Recorro las habitaciones en silencio, casi como lo hacía antes, intentando que no sea consciente de mi presencia. El arpón que tengo clavado y la gran cola de pez en que se han convertido mis piernas dificultan mis movimientos. Consigo pasar desapercibido.

Anja apenas es un esqueleto de espinas que se mueve por la casa

de un lado a otro sin criterio. La veo en el huerto. Sentada en la mecedora hojeando mi cuaderno. Fumando en la cocina. Anja es trasparente.

Descubro de pronto la presencia de un extraño. Le reconozco. Es el chico de la oficina de correos. Se acerca a Anja. La besa. La recorre con sus manos. Anja intenta relajarse, pero su pequeño esqueleto lleno de espinas se muestra rígido, no se abandona. Aun así, él la conduce al dormitorio. A nuestro dormitorio. A un dormitorio abandonado. La penetra. La penetra despacio. La acaricia. Anja cierra los ojos.

La imagen me estremece. En ocasiones había pensado en Anja con otro hombre. Pero se trataba solo de una posibilidad a imaginar. Otro futuro sin mí. Donde simplemente yo no estaba. Nunca me imaginé verlo, ver a Anja penetrada por otro hombre. Aunque sé que ya estoy muerto y no tengo ningún derecho sobre ella —nunca lo he tenido—, la imagen me estremece. Sin embargo, no me molesta. De algún modo, también me reconforta.

Sí, quizá Anja todavía esté a tiempo.

… a veces no me siento
tan solo
si imagino
mejor dicho si sé
que más allá de mi soledad…

ANJA

Mis pies se separan de la tierra, se elevan por encima del suelo al mismo tiempo que mi cuello se quiebra. Mi cuerpo se vacía por dentro, se purifica. Escupe sus entrañas contaminadas.

Me alejo de mí misma, me separo. Me observo colgada del viejo almendro, tal y como supe siempre que estaría, el cuaderno de Andreas tirado a mis pies, abierto por una página al azar.

Me despido de mí, me abandono. Según me evaporo me reencuentro con Andreas. Me reencuentro con todos los Andreas que he conocido y con todos los que estuve a punto de conocer. Los Andreas que soñé, también los Andreas que él soñó. Los Andreas que pudieron ser y los Andreas que deseo que sean.

También me reencuentro con todas las Anja.

Veo a Anja jugando debajo en el jardín, en ese mismo jardín del que cuelgo, con mi madre. Corre. Sonríe. También veo a Luissa de la mano de Andreas.

Veo a todos los que quisimos ser y no pudimos. Pero están. Son. Existimos.

Ahora soy feliz junto a ellos. Ahora soy feliz junto a Andreas.

… y de la tuya
otra vez estás vos
aunque sea preguntándote a solas…

TOBIAS

DESDE que enterramos a Andreas, su marido, no veo a Anja. Se ha encerrado en su casa. Todos los días me acerco y hago sonar la bocina del coche insistentemente. Toco el timbre y golpeo la puerta una y otra vez hasta casi causarme dolor en los nudillos. Pero no obtengo respuesta. Nunca. Sin embargo, sé que está dentro. Sé que Anja me oye. Noto su presencia detrás de la puerta, como un fantasma atormentado por las cadenas de su propio dolor. Sé que ella también nota mi presencia.

Quiero a Anja. La quiero desde el primer día que la vi.

No soporto verla languidecer. Verla consumirse en los excrementos de sus recuerdos.

Anja merece ser feliz. Sé que Anja puede ser feliz a mi lado. Empezar una nueva vida juntos. Quizá lejos de aquí. Puede que lejos de Isbrük.

No conocí a Andreas. Nunca hablé con él. Solo le veía en el pueblo de tarde en tarde, casi siempre en la taberna de Hàkon. Probablemente era un buen hombre. Pero me alegré de que muriese en el mar, ahogado.

Me alegré por Anja y me alegré por mí. Anja todavía no lo sabe, pero es lo mejor que le ha podido pasar. Desde que me acosté con Anja deseé que Andreas desapareciese, que el mar se lo llevase lejos. Recé todas las noches por eso.

Toco la bocina, pulso el timbre de la entrada y golpeo la puerta una vez más. Otro día más. Anja está ahí dentro y ella sabe que yo estoy aquí fuera. Espero y vuelvo a golpear. Insisto. Anja no abre. Pero sé que algún día abrirá, sé que algún día seremos felices. Quizá lejos de aquí, quizá lejos de Isbrük. O, por qué no, en Isbrük, tanto da.

ESTALLO la cerradura con un destornillador; el pomo cede. Toda la casa está a oscuras, huele a cerrado. Subo las persianas y descorro las cortinas que encuentro a mi paso.

¡Anja!, grito. Solo el suave rumor de una brisa que se cuela por las ventanas responde a mi llamada.

¡Anja! ¡Anja!, grito de nuevo. Abro las estancias. Nada. Anja no quiere responder. Anja se esconde. Pero sé que Anja está.

Subo al desván.

¡Anja, sé que estás ahí!, la llamo mientras subo las escaleras. No hay rastro de ella.

Recorro la planta. No hay rastro de ella. Los rayos de sol se filtran por el pequeño ventanuco que mira al huerto. Me asomo.

¡Noooo!

Corro. Grito. Maldigo. Aprieto los puños y los dientes. La rabia acelera mi corazón. Patea con fuerza en mi estómago. Vomito encima de mi ropa.

Descuelgo su cuerpo vacío, amoratado. Apenas un pellejo hirsuto. Un odre lleno de dolor y desesperanza. Lo cojo en brazos, lo separo de sus entrañas desprendidas, amorfas.

El dolor me fractura por dentro. Me llena. Me ahoga. Me despoja de mí mismo.

Aprieto a Anja junto a mi pecho, apenas un esqueleto sin vida.

Un cuaderno con las tapas de cuero se mezcla con sus abdómenes esparcidos por el suelo.

Noto cómo mis entrañas quieren escapar de mi boca.

ENTERRAMOS a Anja. Vino su hija Luissa, esta vez vino sola. Después se marchó.

También enterramos al viejo Olträf. Al igual que Anja, apareció muerto una semana después. Bueno, al igual que Anja, no. A Olträf le descubrieron tumbado en su cama, no colgado de las ramas de un almendro.

Los que le vieron cuentan en la taberna de Hàkon y en el mercado que estaba vestido y con los zapatos puestos.

Su casa apenas se componía de una butaca de mimbre raída, unos cuantos muebles desvencijados, un televisor estropeado que estaba siempre desenchufado y libros que se acumulaban por el suelo con las páginas amustiadas y las cubiertas desgajadas.

Olträf murió de cansancio, supongo. O de muerte. Sí, Olträf murió de muerte.

Yo me he despedido de la oficina de correos. No soporto el ir y venir de cartas que no van a ningún sitio y no tienen destinatario. Además, alguien tiene que conducir la furgoneta de Olträf.

… que vendrá después
de la soledad…

Fragmento de *Soledades*.
Mario Benedetti

LUISSA

AYER recolecté tomates. Hoy los he puesto al sol. Me he convertido en mi madre.

Mi madre siempre deshidrataba los tomates al sol después de recogerlos en la huerta de la parte de atrás de la casa. Así se conservaban más tiempo y le aportaban más sabor a los platos. Eso decía.

En realidad no solo está la cuestión de los tomates. También están las bolsas en los ojos que me devuelve mi imagen en el espejo, mi pelo desgreñado, mi descuido general en la vestimenta, las arrugas que empiezan a aparecer en las comisuras de los labios, con la misma forma de tela de araña que las que ella tenía… Pero, sobre todo, está la soledad, en su caso como preámbulo de la locura. Quién sabe si también en el mío. Puede que el primer síntoma de su enajenación fuese secar tomates al sol.

Todas las mujeres de la familia desde hace generaciones han acabado focas. Locas y solas. O solas y locas. No estoy segura. Quizá todas deshidrataron tomates como punto de partida. […]

ISBRÜK

Anja, Andreas, Luissa, Tobias, Olträf, Hàkon… Solo son algunos de mis comediantes. Actores secundarios de una historia sin trama, sin principio, sin final. Una historia circular compuesta de páginas idénticas cosidas al mismo lomo.

Quién sabe, puede que tú también seas uno más de los integrantes de esta farsa. Puede que tú también habites en Isbrük, aunque no lo sepas.

DAVID VICENTE VALENTÍN (Madrid, 1974), tras desempeñar varios trabajos (mozo de almacén, operario en una panificadora industrial, camarero o vendedor de colchones, entre otros), desarrolló su carrera profesional dentro del sector editorial y el mundo de la comunicación. Ha trabajado como corrector, lector y editor para distintas editoriales; y como redactor y colaborador *freelance* para diversos medios de comunicación. Ejerció como jefe de redacción en el canal de literatura Literalia Televisión y se ocupó de la dirección editorial del sello independiente Ediciones Baladí.

Colabora de manera asidua con artículos de opinión y textos de ficción en revistas tan prestigiosas como Zenda suplemento XL Semanal o Capakhine. Hasta el momento ha publicado las novelas *Un pequeño paso para el hombre* (Editorial Tagus, 2012; reeditado por VdB Ediciones, 2015), seleccionada como uno de los cinco mejores debuts literarios del año 2012 por El Cultural del diario El Mundo; *Esto podría ser un gambito de dama, pero es una canción de amor* (Editorial Almuzara, 2016) y el libro de relatos *El sonido de los sapos* (Editorial Tagus, 2013; reeditado por Inventa Editores, 2016). Además de la obra de teatro infantil en edición bilingüe, *La hormiga que quiso ser persona* (Inventa Editores, 2017). Actualmente dirige la escuela creativa La Posada de Hojalata e imparte talleres de escritura.